



El Colón de mi abuelo

Marcelo J. Cassettari

Marcelo J. Cassettari

El Colón de mi abuelo



www.robalir.com

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recopilación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio, sin permiso previo por escrito del autor.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© 2020, Marcelo J. Cassettari.

© 2020, Robalir

Primera edición digital: septiembre de 2020

Fotos de tapa y contratapa: Gabriel Espósito

ISBN: 978-987-47637-6-1

Seguinos en Instagram: @elcolondemiabuelo

Contenidos

- 1 [Portada](#)
- 2 [Aviso legal](#)
- 3 [Contenidos](#)
- 4 [Dedicatoria](#)
- 5 [Prólogo](#)
- 6 [Prefacio](#)
- 7 [25 de diciembre de 1994](#)
- 8 [Año 1905](#)
- 9 [Años 1913 a 1919](#)
- 10 [Década del 20](#)
- 11 [Década del 30](#)
- 12 [Década del 40 y el año 1950](#)
- 13 [30 de diciembre de 1950](#)
- 14 [La final del año 1950](#)
- 15 [Agradecimientos](#)
- 16 [Compartí tu opinión sobre el libro](#)
- 17 [Notas](#)
- 18 [Bibliografía](#)
- 19 [Sobre el Autor](#)
- 20 [Robalir Editora](#)
- 21 [Datos del ebook](#)

Dedicatoria

A Franche y Augustito

Prólogo

Algunos consideran que la historia es una secuencia de fotos donde cada situación está finalizada, resuelta y fijada, tal como nosotros la recibimos; del mismo modo que concluyen, si un equipo es conservador o atrevido, por la formación estática de un equipo antes del silbatazo inicial; y exactamente de la misma manera en que se preguntan por qué un tipo que nunca ha escrito antes un libro, decide hacerlo.

Otros consideramos, en cambio, que nada es absoluto y que así como una diagonal a tiempo transforma a un defensor en volante o a un volante en centrodelantero, las nuevas voces movilizan la historia, la dinamizan. La cuentan desde otro ángulo, nos llevan a repensarla, a quitarla de la peligrosa quietud de la memoria. La enriquecen. Esas personas, nosotros, no nos preguntamos por qué escribe Marcelo Cassetari; nosotros nos preguntamos por qué no puede hacerlo.

En esa búsqueda inquieta, Marco y su abuelo León, los protagonistas de este libro, nos cuentan la historia a través de sus viajes. Siempre con la pelota cerca. Siempre con sus sentimientos rojinegros cerca.

Los personajes, sus cualidades y sus circunstancias alimentan los escenarios históricos desde siempre. Lo mágico es que mientras los protagonistas la realizan miles la observan, la viven, la transitan y en algunos casos, como este, la comparten.

En esa pluralidad de voces y plumas está la verdadera riqueza de los pueblos.

El fútbol, tesoro argento y popular sin igual, como todo en el universo, tiene contextos. Conocer la Santa Fe de principios de siglo xx es necesario para comprender los acontecimientos de ese entonces. Recorrerla, a la par de Marco y León, es respirar a otra velocidad. Es caminar pausado para no perder detalles de porqué un grupo de pibes eligió llamar Colón a sus ganas de inmortalizar su amistad fundando un equipo de fútbol. Es viajar a la par de cada suceso Sabalero de esa primera mitad del siglo pasado sin desprenderse de la creciente ciudad que los enmarcaba.

Este juego puede contarse de mil maneras, pero siempre que se lo narre entrelazándolo con su tiempo tendrá ese aroma a pared precisa, vertical y ambiciosa que busca el arco de enfrente. Siempre nos dará la sensación de que el gol está cerca. Como en estas páginas, donde las primeras décadas de vida deportiva y social del C. A. Colón, combinadas con la precisa descripción de la sociedad que cobijó esa época y el aporte de hechos concretos como eje, triangulan el bolo con la naturalidad de los que saben. Y termina, como merecen terminar siempre, las jugadas tejidas con talento y sentimientos: siendo un golazo.

Como terminan siempre, en definitiva, las historias entre abuelos y nietos.

Pasen, respiren profundo y lean con la vista, el alma y el corazón.

Cesar Andrés Carignano

Prefacio

Antes que nada, *El Colón de mi abuelo* es una historia sobre la ciudad de Santa Fe y de un club fundado allí por unos niños, que con el paso del tiempo se convirtió en un sentimiento arraigado en la mayoría de sus habitantes: Colón. Pero presten atención, este libro no trata del club que muchos como yo, nacidos en los años ochenta, podemos llegar a conocer. El que sale en la televisión, que ocupa portadas en los diarios, el del estadio sobre la avenida Juan José Paso, con tribunas de cemento y publicidad en la camiseta.

Trata del que nos hablaron nuestros abuelos, del que despuntaba su fútbol en baldíos, el de la cancha de Bulevar Zavalla, o el del Brigadier General López, pero muy diferente del actual, con jugadores que usaban gomina, camisetas ceñidas al cuerpo, pantalones altos que dejaban asomar los cordoncitos y pelotas de tiento.

Los personajes principales, Don León y Marco son ficticios. Su misión será llevar al lector por un viaje a través del tiempo. Durante la travesía se cruzarán con personajes históricos que existieron, visitarán lugares que el progreso, la desidia o vaya a saber por qué razón han desaparecido, y otros que aún perduran en el tiempo y están delante de nuestros ojos, ignorando la historia que se esconde detrás de ellos. He tratado de retratar con la mayor fidelidad posible las diferentes décadas en que tiene lugar el periplo, las costumbres, trabajos, rutinas, vestimentas, comercios y por supuesto, personas.

Amigo lector, si al final del camino, usted siente que ha estado paseando por una Santa Fe y un Colón que

desconocía, o comienza a saber el porqué de los nombres de algunas calles o, al menos, le ha despertado curiosidad por el pasado, me daré por satisfecho y juntos habremos reivindicado los nombres de algunas personas que hicieron lo que hoy somos como santafesinos y colonistas. Y por sobre todo, lo haremos con aquellos abuelos que en algún momento de nuestras vidas nos contaron historias que jamás olvidaremos.

25 de diciembre de 1994

Otra vez estaba frente a la misma puerta, de ese verde agua que se encuentra en las paredes de las enfermerías. Aplaudir era una forma de llamar en una casa que no tiene timbre, pero esa costumbre la había perdido hacia unos cuantos años atrás, o quizás, décadas. El hombre, cuyas incipientes y pocas canas delataban que había traspasado el umbral de los treinta años, prefería, en cambio, quitar la traba de la verja que le llegaba a la cintura y avanzar hasta la puerta para darle unos golpecitos. Luego, tenía la misma manía de inclinarse para observar a través del cerrojo de la cerradura.

El sonido del golpe en la chapa parecía viajar con retraso. La pantalla de un televisor era lo único que iluminaba las habitaciones de la casa y el brillo dibujaba el contorno de la anciana que estaba sentada frente al mismo. Al cabo de un rato, la mujer encendió lentamente las luces del comedor, luego las del living, y se dirigió hacia la puerta. No solo esa vez. Siempre se repetía esa costumbre.

En una ocasión, algo diferente ocurrió. Y cuando espió a través del visor del picaporte, la oscuridad había cedido ante la luz. Por primera vez en mucho tiempo, se podían ver los colores del interior de la casa.

Lo demás que aconteció también fue extraño. La anciana no estaba. Venía un niño. De unos ocho o diez años. Detrás de él, a paso más lento, lo seguía un hombre, de una gran nariz aguileña y la piel rugosa y curtida por el sol, cargando un par de reposeras. Cuando salieron a la vereda ya no había nadie esperando.

Salir con sillas, sillones o reposeras a la vereda cuando caía el sol era una costumbre de gente mayor muy marcada en aquel barrio de Villa María Selva, sobre todo en verano. Marco, el niño, se había terminado por contagiar de aquel ritual. Cuando comenzaba el fin de semana aprovechaba para instalarse en la casa de sus abuelos. Era como ir a un *All Inclusive*. Disfrutaba de la comida que le preparaba su nonna Roma, que no escapaba a la regla que establece que «las abuelas cocinan mejor».

No era la única forma de mimarlo que tenía la anciana. Algunos años atrás lo bañaba con amor en un fuentón de acero mientras utilizaba las pocas gotas que caían de la ducha del baño, que era precario y carente de lujos. Más bien, la ducha se parecía a una regadera pegada contra la pared. Y siguió haciéndolo hasta que Marco creció y se dieron cuenta que el recipiente había quedado chico para aquella demostración de cariño y comenzó a hacerlo solo, porque si bien seguía siendo un niño, ya era demasiado grande para que su abuela lo bañe.

Tenían un jardín en la parte de atrás de la casa con un gallinero al que Marco no solía acercarse porque no le gustaba que lo persiguieran las gallinas. Se sentía más cómodo en el comedor, junto a la caja de cartón que albergaba los pollitos, los cuales observaba por horas. Lo que más le gustaba de sus pequeñas vacaciones que comenzaban los viernes y culminaban los domingos, además de la caminata con sus abuelos hasta la avenida Aristóbulo del Valle para tomar un helado, era aquel momento vespertino en que se quedaba con su abuelo Don León en la vereda. Y por una sencilla razón, era el momento en que éste le contaba historias del club por el que hinchaba: Colón de Santa Fe. Sobre todo tenía muchas historias de algunos jugadores que el abuelo admiraba en su juventud, como Juan Antonio Rivarola y Martín «Pirincho» Sánchez.

—Marco, me dijo tu mamá que este año estuviste medio vagoneta en la escuela —dijo el abuelo a modo de reprimenda—, me contó que tenés más completa una carpeta con recortes de Colón, que la de Historia por ejemplo.

—Sí, tenés razón —dijo Marco y se apresuró en excusarse—, es que me aburro en clases a veces.

—El fútbol es importante, pero también lo es estudiar. No tenés que descuidar la escuela.

—El año que viene voy a esforzarme más, abuelo.

El abuelo movió la cabeza aprobando la decisión de Marco, y luego una sonrisa pícaro apareció en su boca.

—Te confieso algo, yo también guardaba los diarios con las noticias de Colón. Tenía una caja inmensa. Diarios de todos los años y ordenados por fecha.

—¿Y qué pasó?

—Nada, un día tu abuela la confundió con diarios viejos que no servían y tiró la caja.

El abuelo se quedó pensativo un rato, mirando como los autos que pasaban iluminaban por segundos la calle. Luego, dirigió una mirada hacia su nieto y le señaló algo que llevaba puesto.

—¿Te gustó la camiseta de Colón que trajo el Niño Dios acá?

—Si, le voy a hacer poner el número siete en la espalda.

—¿Y por qué ese número?

—Por el Loco González, abuelo. ¡Por quién va a ser!

—Ah, ya veo. En mi época teníamos otro paraguayo que le vivía metiendo goles a los tates: Benjamín Laterza.

—¿Y era bueno como el Loco González?

—Sí. Era tan bueno que enseguida se lo llevó River, que tenía a Bernabé Ferreyra. ¿Sabés? Entre los paraguayos y los santafesinos tenemos una relación de larga data y mucha gente la ignora. Y no solo en fútbol. Sino desde que se fundó nuestra ciudad hemos estado hermanados a los paraguayos.

—¿Cómo es eso, abuelo?

—Hace muchos... muchísimos años, la ciudad de Asunción tenía, serias dificultades de comunicación con el Virreinato del Perú. Es así que miraron para estos lados y Martín Suárez de Toledo, el teniente de Gobernador de Asunción le encargó a Juan de Garay que fundara un pueblo en donde fijase un puerto. Y desde aquel entonces, ya sea en Cayastá, Colastiné o donde el puerto de Santa Fe se hubiera trasladado, las relaciones entre santafesinos y paraguayos fueron estrechas. Santa Fe era el *Puerto Preciso* de Asunción, y esa relación de privilegio provocó algunos celos en otros puertos como el de Buenos Aires.

—Entonces, por eso no es extraño que hayamos adoptado como si fueran uno de los nuestros al Loco González o a Laterza —agregó Marco.

—¡Exacto! —contestó Don León.

—Me gustan tus historias abuelo, son más divertidas que las de la escuela. ¿Hoy me contás de nuevo la historia de aquella copa que le ganamos a Unión y fuiste con mamá en brazos a festejar?

Detrás de ellos apareció la nonna Roma que le hizo señas a Marco que estaba preparada la cena. El abuelo le indicó que le hiciera caso y Marco se levantó de su reposera.

—Esperá, Marco. Hagamos un trato. Después de comer yo te cuento de nuevo esa historia si me prometes que vas a estudiar más el año que viene.

—¿Y vamos a comprar helado antes? Prometido.

Marco se sentó a comer con su abuela frente al televisor. Todo transcurría con normalidad y estaba algo distraído mirando la caja de cartón que había a un costado. Adentro e iluminados por un foquito había una veintena de pollitos. Y estaban ahí hasta que empezaban a crecer y los llevaban al gallinero que había en el fondo de la casa. Al cabo de unos minutos vio ingresar a su abuelo. El semblante de su cara había cambiado y comenzó a arrastrar el pie izquierdo. Estaba teniendo un ataque cerebro vascular. Marco nunca olvidaría aquel momento en que lo vio desplomarse ante sus ojos, ni las luces azules de la ambulancia que lo trasladaba a toda velocidad rumbo al Sanatorio Americano.

Año 1905

En un banco de madera hexagonal en cuyo centro nacía un joven árbol estaban sentados Marco y Don León. De cara hacia el centro de la plaza el brazo del abuelo rodeaba la espalda y rozaba el cuello de Marco, descansando su mano en el hombro del niño. Justo enfrente de ellos, un hombre que lucía un sobretodo negro y un sombrero, parecía estar sumergido en la lectura del periódico que traía entre manos. Pero sus ojos indicaban otra cosa, los estaba observando.

—Esto que está pasando, ¿es real o estoy soñando? — preguntó Marco.

—Depende de cómo lo mirés —dijo el abuelo un tanto enigmático—, es un sueño, lo que no significa que no sea real. Alguien alguna vez dijo que «todo lo que vemos o todo lo que parecemos es simplemente un sueño dentro de un sueño».

—No entiendo, entonces, ¿qué hacemos acá?

—¿Tan rápido te olvidaste? Nos quedó una conversación por terminar.

—No, no me olvidé —dijo el chico mirando al abuelo—, pero, ¿dónde estamos?

—Mirá a tu alrededor.

Marco inició una minuciosa inspección ocular.

La plaza, cruzada por diagonales, poseía una gran cantidad de árboles y arbustos de distintas especies, le llamó la atención un árbol frondoso con grandes flores blancas. Se apreciaban también algunos naranjos y varias palmeras,

que por la altura alcanzada, suponían que habían sido plantadas tan solo algunos años atrás.

Al norte de la plaza, con sus dos torres y tres arcos, se erigía la catedral metropolitana, y a tan solo unos metros de allí, una casa de dos plantas con un pórtico sostenido por cuatro columnas angostas, parecía a punto de colapsar. En general, en la zona abundaban los edificios coloniales semiruinados que irían cayendo en el transcurso del tiempo y bajo el fragor de la piqueta. Otra iglesia, de aspecto colonial y más antigua que la catedral, surgía del lado este, continuada por las paredes de un edificio gris que ocupaba el resto de la manzana. Y del lado sur de la plaza...

—¡Pero sí es el Cabildo! ¿Estamos en Buenos Aires? —dijo el niño entusiasmado.

El nonno avanzó unos pasos al encuentro del curioso que lo observaba al que amablemente le solicitó por unos instantes el diario.

—Quédeselo, ya lo había terminado de leer —respondió.

El desconocido depositó el ejemplar del Nueva Época en sus manos y, luego de recibir el agradecimiento de parte del abuelo, se retiró caminando por la diagonal al sur que desembocaba en la fábrica de alfajores de Hermenegildo Zuviría, tradicional en la ciudad, y nacida casi al mismo tiempo que los convencionales constituyentes llegaban desde todos los rincones del país para hacer historia. Don León alcanzó el periódico hasta las manos de su nieto.

—¿Sabías que este periódico se fundó en 1886? —preguntó el abuelo.

—No abuelo, no lo sabía.

—Tomá, lee en voz alta.

Marco lo tomó y comenzó a leer...

—Con solo cinco frascos de Pastillas del Dr. Richards..., digestivas, antisépticas, y no purgantes transforman el estómago de tirano en sirviente, dando vigor y firmeza al estómago, intestinos, corazón y cabeza... Y más abajo dice: Aceite de Hígado de Bacalao del Dr Ducoux, contra enfermedades de pecho, las escrófulas, el linfatismo, la anemia, la clorosis, etc.; cápsulas del Dr. P. Bifogeaud, farmacéutico para enfermedades contra blenorragia, gonorreas, catarro de la vejiga, rematuria, cistitis...

Marco alzó su mirada y comprendió de inmediato que no era lo que el anciano pretendía escuchar por lo que reanudó la lectura.

—...La empresa del Politeama con muy buen acuerdo, dispuso para la función de anoche la representación de Aída, inspirada opera del inmortal Maestro Verdi. La concurrencia, sin ser extraordinaria, fue lo suficiente numerosa, para que el teatro presentase un buen aspecto...

—Mmm ajá, Aída también fue la obra elegida en la inauguración del Teatro Colón —interrumpió Don León.

Marco, de nuevo, buscó el gesto de aprobación de su abuelo, pero rápidamente se dio cuenta que tampoco era la noticia que buscaba, por lo que, desconcertado, comenzó a hacer un resumido y veloz repaso de las diferentes notas que se alcanzaban a apreciar.

—Otras noticias hablan de un viaje que va a hacer el Gobernador Rodolfo Freyre a la ciudad de Rosario, para inaugurar una escuela que llevará su nombre. Otra sobre una solicitud efectuada por los vecinos de las Colonias del Oeste que piden la realización de un camino que una Santa Fe con Santo Tomé. Y acá hay otra sobre gestiones promovidas en el sentido de vincular a esta capital y sus departamentos con las ciudades de Rosario, Buenos Aires y Montevideo por medio de la comunicación telefónica.